

# Gabriel Rolón

## *El Duelo*

(Cuando el dolor se hace carne)



# I

## Frente al enigma

*Es más fácil soportar la muerte sin pensar en ella  
que soportar el pensamiento de la muerte.*

BLAISE PASCAL

### **Lo inesperado**

El duelo es un territorio oscuro, misterioso, casi inaccesible.

Una conmoción que nos sorprende, nos toma desprevenidos y cambia nuestro mundo en un instante. No importa lo preparados que creamos estar para enfrentar una pérdida, esa preparación jamás será suficiente. No alcanzan los consejos médicos que sugieren que el desenlace está cerca, o el registro de que el vínculo amoroso ya no funciona. Esas señales que generan angustia y ponen en movimiento nuestros mecanismos de defensa apenas pueden amortiguar el impacto. Por muy alertas que estemos, el duelo siempre será sorpresivo y a pesar de las murallas que levantemos, el dolor encontrará alguna grieta por la cual filtrarse. Cuando eso ocurre, todo se desmorona ante nosotros y por un tiempo nada tiene sentido.

El duelo aparece cuando algo se pierde. En esos momentos algo se quiebra en nosotros, el mundo se derrumba y nos muestra su aspecto más cruel. Son etapas en las que se establece una batalla entre la realidad y el deseo. Experiencias extremas en las que nos atrapa la *falta* y nos inunda una sensación de vacío.

Nadie vive sin pérdidas.

Vivir implica ceder cosas todo el tiempo, y es inútil desesperarse por evitar lo inevitable. Si algo nos enseña el análisis es que, incluso para ganar, algo hay que perder. Por suerte, no toda pérdida nos empuja al duelo. Entonces, ¿qué tienen de particular aquellas que nos obligan a un trabajo tan doloroso? Porque eso es el duelo: un trabajo. No se trata de un estado sino de un tránsito complejo donde el equilibrio psíquico se encuentra en riesgo. Un recorrido habitado de sensaciones fuertes y emociones encontradas.

La persona ensombrecida por el duelo camina confundida por un mundo que le resulta extraño. Aquello que amaba ya no está y debe aceptar vivir con esa falta.

Son pérdidas diferentes que abren una herida insoportable y generan un sufrimiento tan extremo que conmueve y desestabiliza nuestro ser.

El arte con sus metáforas puede guiarnos en la comprensión de este momento. Y si hablamos de pérdidas, la poesía del tango es una cantera inagotable. Dejemos, entonces, que «Martirio», de Enrique Santos Discépolo, nos lleve un trecho de la mano.

*Solo...  
 ¡Increíblemente solo!  
 Vivo el drama de esperarte,  
 Hoy, mañana... siempre igual.*

¿Qué es lo primero que aparece ante el desgarramiento de la pérdida? La soledad, una soledad increíble, porque cuando perdemos algo amado nadie puede compartir nuestro mundo. Quienes se acercan intentan consolarnos con palabras huecas que denotan que esas personas no logran comprender el infierno que estamos viviendo.

Luego llega el espanto, el drama de esperar algo que no volverá y, aun así, seguir esperando en un tiempo de angustia que se nos vuelve infinito: hoy, mañana, siempre igual.

*Dolor que muerde las carnes,  
 herida que hace gritar.*

Aquí aparece el verdadero protagonista de la historia: el dolor. Un dolor incomprensible, intolerable. Un dolor que borra el límite entre el cuerpo y la mente lastimando a ambos. Un dolor tan intenso que hace gritar.

El grito.

No se trata de un detalle menor. El grito es la manifestación más arcaica para expresar el dolor.

Antes dije que toda persona lleva el olor de sus muertos.

El poeta Miguel Hernández tuvo que soportar la muerte de su primer hijo. Esa pérdida lo llevó a escribir su *Cancionero y romancero de ausencias*.

*Ropas con su olor  
paños con su aroma.  
Se alejó en su cuerpo  
me dejó en sus ropas.*

*Lecho sin calor,  
sábana de sombra.  
Se ausentó en su cuerpo,  
se quedó en sus ropas.*

A veces el arte es metáfora del dolor.  
Así fue con Hernández. También con Discépolo.

*Vergüenza de no olvidarte  
si yo sé que no vendrás.*

El personaje del tango nos muestra también su vergüenza, una sensación que lo recorre porque no está loco. Sabe que la persona amada no regresará y sin embargo no puede dejar de esperarla.

*Solo...  
¡Pavorosamente solo!  
Como están los que se mueren,  
los que sufren, los que quieren,  
así estoy por tu impiedad.*

De nuevo la soledad, pero esta vez de la mano del pavor, de un miedo difícil de manejar. Se trata de otro de los afectos que acompañan el duelo: el miedo. Miedo a no poder seguir, a no soportar tanto padecimiento, a que la vida no vuelva

a encontrar un sentido. Un miedo y una soledad que, según Discépolo, sólo pueden entender los muertos, los que sufren, los que aman en vano.

Y sobre el final asoma el enojo contra quien nos ha abandonado. Un ser impiadoso que no tiene compasión por nosotros.

*Sin comprender,  
por qué razón te quiero...  
Ni qué castigo de Dios  
me condenó al horror  
de que seas vos...  
Vos, solamente sólo vos,  
nadie en la vida más que vos  
lo que deseo.*

Estamos frente al desamor. Y el abandonado se siente confundido. No entiende cómo puede seguir queriendo a esa persona, ni por qué Dios lo condena al horror de no poder desear a alguien más. ¿Cómo hacer para seguir adelante? No lo sabe, ni siquiera vislumbra la respuesta a esa pregunta...

*Y entre la risa y las burlas  
yo arrastré mi amor... llamándote.*

Otra vez los demás.

Ese mundo que no entiende, que se burla del dolor, que dice «ya está», «tenés que olvidar» o «la vida continúa». Frases vacías que lejos de ayudar empujan al *ensombrecido* a un aislamiento todavía más profundo.

Unos versos después, Discépolo nos regala la imagen más brutal de la tortura que atraviesa la persona que es asaltada por el duelo.

*Dolor de bestia perdida  
que quiere huir del puñal.  
Yo me revuelco sin manos  
pa' librarme de tu mal...*

La escena describe el espanto, la sensación de sentirse una bestia perdida que quiere huir de la muerte, pero no puede. Y esa imagen aterradora: alguien que, atravesado por el dolor, intenta dar vueltas en el piso sin tener las manos para hacerlo. Alguien que ha perdido hasta la posibilidad de revolcarse para descargar en algo tanto sufrimiento.

*Solo...  
¡Despiadadamente solo!  
Mientras grita mi consciencia  
tu traición, la de tu ausencia...  
Hoy, mañana, siempre igual.*

Y, como en el comienzo, la soledad nuevamente despiadada. Pero esta vez es el protagonista enamorado, o al menos una parte de él, quien ejerce esa falta de piedad por sí mismo. Su razón le pide que recuerde la traición y acepte la ausencia. Pero él sabe que es inútil, que sus compañeros serán el dolor, la angustia, la soledad, la culpa, la vergüenza y un deseo obsesionado por recuperar lo perdido.

Así será por un tiempo. Un tiempo que nos parece interminable. Hoy, mañana... siempre igual.

\* \* \*

Avancemos de la mano de una pregunta. ¿Qué tienen de particular aquellas cosas que, al perderlas, nos precipitan al duelo?

En principio, son afectos, vínculos o situaciones que resultan indispensables para nuestro equilibrio emocional. Por lo tanto, su desaparición nos desestabiliza, hiere nuestra integridad y nuestro narcisismo más profundo. El amor propio se resiente y todo cambia en un segundo.

Nótese que no dije muerte sino desaparición. Porque esa es la sensación que registra nuestra psiquis, que el amado ha desaparecido del mundo, y su ausencia nos condena a deambular sin pausa intentando reencontrarlo.

Dada la connotación que el término «desaparecido» tiene en la Argentina utilizaré la palabra «desvanecido» para referirme a esas personas, situaciones o ideales que ya no están en nuestra vida. Ante pérdidas semejantes se produce un impacto afectivo difícil de soportar. Así, emocionalmente arrinconados, comprendemos el fracaso de la ilusión de estar completos.

Esta es otra de las características de esas vivencias que nos precipitan al duelo: por un tiempo aparentan tapar la falta y brindan sensación de completud. ¿Qué otra cosa más que el amor puede generar eso? Ninguna.

De modo que llegamos a una primera conclusión: sólo se duela aquello que se ha amado.

Así como la esperanza es la raíz de la desilusión, el amor es la génesis del duelo, la condición primera que nos expone al dolor.

*Nunca estamos tan indefensos contra el sufrimiento como cuando amamos*, sentenció Freud.

La relación entre el amor y el dolor es tan directa que bajo la lupa del duelo podemos reforzar la idea trabajada en *El precio de la pasión*: Todo lo que duele, duele porque antes fue amor.

El amor es un engaño.

Como dijo Lacan, es *dar lo que no se tiene a quien no es*.

Por amor, alguien se ofrece a dar lo que otro necesita para ser feliz, sin tenerlo. Y lo hace porque cree que esa persona puede completar su sentimiento de vacío. Es la falacia del amor, la promesa de tenerlo todo, de que nada más hará falta, y el duelo irrumpe cuando esa promesa falla.

La sensación de estar completos se evapora, la ilusión se desmorona y aparece la angustia.

## Una palabra con historia

El término *duelo* presenta algunas aristas.

Como toda palabra, tiene una etimología y modificaciones posteriores que se produjeron con los años. Es inevitable que así sea. Nos apropiamos de las palabras, las incorporamos y las vamos moldeando, a veces tanto que llegamos a cambiar por completo el significado original.

Los puristas del lenguaje reniegan de los sentidos nuevos que el uso cotidiano produce sobre las palabras. Se equivocan. Es justamente allí donde reside gran parte de su importancia. Es por el uso cotidiano que las palabras adquieren su valor. Por eso, en el consultorio presto mucha atención a cómo habla cada paciente. En ocasiones, la infancia, alguna vivencia traumática, o un simple chiste familiar dan a un término una significación única para esa persona, y es deber del analista escucharla para darle un lugar en el tratamiento.

Ahora volvamos a la etimología de la palabra duelo.

La primera proviene del latín *duellum*, que significa guerra; aunque tiempo después fue reemplazado por el término *bellum*, de donde deriva, por ejemplo, la palabra beligerante. Sin embargo, *duellum* siguió en los escritos antiguos y en la memoria cultural. Y aquella raíz, *due*, rimaba tanto con *duo* (dos) que no resulta extraño que el sentido se desplazara a una de las acepciones más conocidas de la palabra duelo: «guerra entre dos».

Todos sabemos que en otros tiempos algunos hombres se retaban a duelo, a una guerra de dos, para dirimir cuestiones de honor. Por entonces, se creía que vencería en el combate quien tuviera la verdad. Por extraña que parezca, esta creencia es mucho más común de lo que pensamos. Aun hoy sobrevuela la idea mágica de que siempre gana el mejor. ¿Qué otra cosa sostiene la convicción en la meritocracia?

Tal vez el origen de esta enorme confusión se encuentre en las antiguas ordalías.

La ordalía, o Juicio de Dios, fue una institución que tuvo valor jurídico en Europa hasta fines de la Edad Media. Se trataba de una serie de pruebas en las que se utilizaban el agua o el fuego para juzgar a los sospechosos de algún delito. Por ejemplo, se obligaba a alguien a meter las manos en una hoguera o sostener un hierro encendido. Si al finalizar la prueba esa persona no tenía heridas se deducía que Dios lo había protegido y, por lo tanto, era declarado inocente. Como sospechamos, quienes pasaban por esas experiencias salían lastimados. Para los jueces eso era un signo innegable de culpabilidad. Entonces, además de la tortura a la que habían sido sometidos, los acusados debían enfrentar condenas que casi siempre terminaban en la muerte.

De aquí provienen frases tales como «atravesar una prueba de fuego», o «poner las manos en el fuego por alguien».

La ordalía por el agua presentaba un rasgo curioso. Por lo general, se ataba de pies y manos al sospechoso y se lo arrojaba a un río o un estanque. El agua era considerada un elemento sagrado, recordemos el bautismo, por lo tanto se creía que recibía a las personas virtuosas y rechazaba a los pecadores. De modo que sólo sería considerado inocente quien se hundiera y no quien lograra mantenerse a flote. Razón por la cual se daba una circunstancia extraña: la declaración de inocencia recaía sobre personas que, al haberse ahogado, ya estaban muertas. Los que sobrevivían, en cambio, eran considerados culpables y sentenciados a morir.

Resulta evidente que la idea que subyace a la ordalía es que Dios existe y toma partido por los justos. Es probable que esta creencia se desplazara también hacia los duelos garantizando que siempre vencería quien tuviera la razón, porque El Creador no podría beneficiar a los indignos.

Este tipo de duelos tienen una historia extensa.

Los antiguos pueblos germanos, por ejemplo, zanjaban sus problemas limítrofes arrojando un martillo o dando gritos. Así, la razón quedaba del lado de quien tuviera mayor fuerza física o pegara alaridos más estruendosos.

Al parecer, los primeros duelistas fueron los *vikings*, quienes se retaban a golpes de puño, aunque estos combates no eran a muerte sino a «primera sangre», es decir que el duelo finalizaba cuando alguno de los dos recibía una herida.

Sea como fuere, no se trató de un tema menor ni esporádico. Basta decir que, durante el reinado de Enrique IV, más de ocho mil personas murieron en Francia a causa de estos duelos.

Aunque mucho más joven, la Argentina también tuvo sus duelistas.

Lucio V. Mansilla, militar, periodista y autor del famoso libro *Una excursión a los indios ranqueles* protagonizó un combate célebre. Según se cuenta, Mansilla se sintió ofendido por algunas opiniones vertidas sobre él en el diario *El Nacional* y desafió a su director, Pantaleón Gómez, a batirse a duelo. Cuando llegó el momento, Gómez tomó su arma y disparó al suelo. Mansilla, en cambio, lo hirió de muerte.

Sin entender la actitud de su rival, Mansilla

se acercó a su oponente quien, antes de morir, lo miró con respeto y le dijo: «Yo no mato a un hombre de talento».

El vencedor lo abrazó llorando y lo besó en la frente. Al parecer, jamás pudo reponerse de esta experiencia, y descarto que ese recuerdo lo acompañó siempre.

Los duelos no eran sólo una práctica violenta y cruel, además eran falaces. No es cierto que siempre ganen las personas más nobles y, por otro lado, la victoria suele estar más cerca del poder que de la justicia.

A pesar de esto hay dos características que me gustaría resaltar.

La primera remite a la imposibilidad de rechazar un duelo. Nadie podía negarse, porque se pensaba que quien no estuviera dispuesto a defender su honor no merecía la vida.

La segunda sostenía que, siendo el duelo un privilegio de la nobleza, evitarlo hacía que la persona ya no fuera digna de pertenecer a su clase.

Detengámonos aquí por ahora. Pero guardemos estas ideas que retomaremos luego: la importancia de defender la dignidad y la soledad a la que queda condenado quien no es capaz de enfrentar un duelo.

Volviendo a la etimología de la palabra, existe una segunda acepción que liga duelo con luto. En este caso, el origen es el vocablo latino *dolus*, dolor. Y aquí todos nos sentimos reflejados. ¿Quién no ha experimentado en su carne el dolor que implica atravesar una pérdida? Ese desgarró desespe-

rado de saber que no volveremos a ver a alguien, que jamás escucharemos su voz.

Pero hay una etimología mucho más intrigante aún que sugiere que la palabra duelo deriva del griego *dolos*, que significa engaño. Desde esta óptica cabe preguntarse: ¿qué relación hay entre el duelo y la impostura?

Como vemos, apenas iniciado el camino quedan flotando algunos *significantes* fuertes: guerra, batalla de dos, desafío, dolor, engaño. No los perdamos de vista porque con todos ellos recorreremos este camino.

### **Esa compañera silenciosa**

Por lo general, la idea de duelo está asociada a la muerte, y es inevitable que así sea. Después de todo, no se duela nada que no haya muerto.

A veces esas muertes son plenas e implican la desaparición en el mundo real de alguien amado. Otras no, pero no por eso duelen menos. Son las muertes que se producen al perder un sueño, un amor, una casa, la juventud, un trabajo, o el reconocimiento de alguien cuya mirada era fundamental para nosotros.

Toda ausencia puede herirnos de modo profundo y precipitarnos al duelo, por eso Freud lo definió como «la reacción frente a la pérdida de una persona amada, o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.».

No olvidemos que *Duelo y melancolía*, el texto más importante que Freud dedicó al tema, se pu-

blicó en el año 1917 con los dolores frescos de la primera guerra mundial. De allí la importancia que dio a la patria, la libertad y los ideales. Pero ya nos ocuparemos en detalle de la concepción freudiana del duelo. Sin embargo, más allá del costado por el que intentemos acercarnos a su comprensión, inevitablemente nos toparemos con algunas constantes: la muerte, el amor, el dolor y la necesidad de hacer algo con la pérdida.

Avancemos, entonces, hacia ellas. Y hagámoslo con cuidado, porque antes deberemos definir muy bien de qué estamos hablando en cada caso.

\* \* \*

En mis años de adolescencia se impuso un libro de Carlos Castaneda: *Las enseñanzas de Don Juan*, que dio origen a toda una saga. Narrado en primera persona, su autor era a la vez el protagonista de la historia.

Interesado por los efectos medicinales de algunas hierbas que crecían en el desierto mexicano, Castaneda entra en contacto con un viejo indio tolteca que a partir del uso de sustancias alucinógenas comienza a adiestrarlo en el arte de la brujería. De esa manera, maestro y discípulo inician un camino plagado de experiencias extrañas, algunas por completo delirantes.

Cierta vez, mientras mantenían una de sus largas conversaciones, Don Juan le dijo a Castaneda que la muerte siempre camina a nuestro lado, y que si alguna vez él lograba voltearse con la suficiente rapidez podría sorprenderla muy cerca,

a cinco centímetros de él, un poco atrás y a su izquierda.

La idea de que la muerte nos pisa los talones es inquietante. Aun así, es una bella metáfora que nos recuerda que, no importa dónde estemos ni lo que hagamos, la posibilidad de morir está siempre latente. Dada esta realidad inevitable, Don Juan le sugería a su aprendiz que, lejos de temerle, la tomara como una consejera.

¿Qué significa tomar a la muerte como consejera?

Recordar que somos mortales, que no tenemos todo el tiempo del mundo para jugarlos por nuestros sueños, que debemos hacernos cargo de nuestra vida y pelear por lo que deseamos.

Miguel de Unamuno nos golpea con su pensamiento.

*El hombre, por ser hombre, por tener conciencia, es ya, respecto al burro o a un cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es una enfermedad... Ese pensamiento de que me tengo que morir y el enigma de lo que habrá después, es el latir mismo de mi conciencia.*

La conciencia de la muerte es la enfermedad inevitable de todo ser humano, su condena, y al mismo tiempo su salvación. El origen de su angustia y la fuerza que empuja el latir de sus deseos.

Mirar de frente a la muerte es una invitación a salir de esa rueda de postergaciones permanentes con las que evitamos comprometernos con nuestros anhelos más profundos.

No es una tarea fácil. Por lo general, vivimos eludiendo el tema. Algunos ni siquiera se animan a hablar de ello. Viven distraídos y diluyen su tiempo en actividades vanas y, de esa manera, evitan iniciar el camino que podría conducirlos a la felicidad, o al menos a una existencia plena. Esquivan sus deseos y piensan que serán felices después, luego de recibirse, de casarse o tener hijos, y así dilatan sus deseos a la espera de una situación ideal que no llegará jamás. No importa cuál sea la excusa, lo cierto es que esa posible felicidad queda eclipsada tras la bruma del futuro.

Si fuera cierto que, como dice Don Juan, la muerte estuviese allí, a nuestra izquierda, apenas a cinco centímetros de nosotros y prestáramos atención, la escucharíamos susurrar aquella pregunta que ilumina la Torá: *Si no es ahora, ¿cuándo?*

\* \* \*

Martin Heidegger fue un hombre extraño.

Dueño de una mente brillante, se transformó en uno de los filósofos más importantes del siglo XX. Creó el concepto de *Dasein*, término que surge de la combinación de las palabras *sein* (ser) y *da* (ahí). Es decir, el ser ahí. Ahí, ¿dónde? En el mundo.

Esos somos nosotros, un ser aquí, arrojado a un mundo de posibilidades. Pero hay algo en su pensamiento que resulta inquietante. Según él, somos apenas un ser para la muerte. Porque no importa lo que hagamos con nuestra vida, si estudiamos o no, si convivimos con alguien o elegimos la soledad, si nos atrae un hombre, una mujer o

ambos, de todos modos vamos a morir. Es la única posibilidad cierta de la que no podremos escapar.

Cada uno de nosotros es apenas un *muriente*.

Y esa muerte que está allí, o aquí, no importa, condiciona nuestra vida y nos convierte en seres en falta. ¿Por qué en falta? Porque, en principio, nos falta la eternidad. Podemos negarlo o asumirlo, pero algo en lo profundo de nosotros lo sabe. Más que saberlo, lo siente.

Nos faltan, además, las palabras que podrían calmar un poco esa angustia existencial de saber-nos mortales. Y quedan apenas las preguntas.

¿Qué es esto de morirse?

¿Adónde van los que mueren?

¿Adónde iremos nosotros?

¿Qué significa duelar?

Preguntas sin respuestas que caen en el vacío, en una ausencia de saber que la cultura ha tratado de llenar como pudo. ¿Qué otra cosa son la mitología o las religiones más que el intento de hallar alguna respuesta que mitigue nuestra incertidumbre y nos defienda de la angustia que genera lo imposible de nombrar?

## **La palabra ausente**

No es la muerte nuestra única falta.

Somos seres hablantes, y eso implica que vivimos en un estado de duelo permanente, porque para nosotros hay algo que está perdido para siempre.

He abordado el tema en *Encuentros*. Recorramos ahora esta idea a la luz del duelo.

Estamos condenados a comunicarnos, generalmente a través de las palabras. Pero nadie podrá transmitir exactamente lo que quiera porque siempre habrá algo del sentido que escape a la significación. Lo sabemos. Conocemos el malentendido, el «no es lo que quise decir», la impotencia que genera percibir que alguien ha tomado nuestros dichos de manera equivocada.

La teoría de la comunicación sostiene una utopía: la posibilidad de comunicar con exactitud. Según ella, existe un emisor, un receptor y un mensaje. De modo tal que el emisor genera el mensaje que el otro recibe. Siempre y cuando ambos compartan el mismo código, una lengua en común por ejemplo, se supone que se establece la comunicación correcta de lo que quiso decirse.

Esto no es más que una ilusión. Por más amplio que parezca, el lenguaje no alcanza para transmitir lo que queremos. Siempre nos falta al menos una palabra para comunicar nuestras emociones o pensamientos. De todos modos lo intentamos, en vano, y eso que se pierde al hablar, eso que no puede articularse en las palabras genera una inquietud que nos mantiene en permanente movimiento. Ese resto incomunicable, esa falta, nos hace ser quienes somos. Allí nace el deseo, en la diferencia que hay entre lo que queremos decir y lo que decimos, entre aquello que buscamos y lo que en realidad encontramos. Que siempre será otra cosa.

Si fuéramos seres de la necesidad no tendríamos este maravilloso problema, pero no lo somos.

Aunque como organismos biológicos tengamos algunas necesidades, nos define la condición de *sujetos deseantes*.

La distinción entre necesidad y deseo es fundamental.

La necesidad tiene algo que la satisface y supone una relación directa entre el organismo y el objeto, es decir que existe ese objeto que se adecua a esa necesidad. El aire, por ejemplo, satisface la necesidad de respirar. No ocurre lo mismo con el deseo. Todos sabemos lo difícil que es saber qué desea alguien.

La necesidad es directa y toma lo que requiere sin ningún tipo de rodeos. El deseo en cambio nos obliga a pedir lo que queremos, a poner en palabras lo que deseamos, a generar una demanda. Una demanda dirigida a un otro que deberá decodificarla, darle un sentido y responder a ella como pueda, aunque nunca con aquello que se le pidió. Porque, más allá de las apariencias, la demanda intenta obtener algo que calme la falta, que mitigue ese vacío que nos habita por ser seres hablantes y conscientes de la finitud. Y nadie, por mucho amor que nos tenga, podrá satisfacer ese grito desesperado.

Pero que no nos confunda la palabra. Porque en español, demanda remite a una exigencia. Para el Psicoanálisis, en cambio, esa demanda es un pedido, casi una súplica que se dirige al otro: *por favor, hágame sentir que no estoy tan solo, que no voy a morir*.

Otra vez el amor. Ese afecto único, potente y engañoso que, al menos por un instante, puede

calmar la soledad extrema que nos habita. No importa qué pidamos, en el fondo de cada uno de esos pedidos se esconde el deseo de ser amado. Por eso dijo Lacan que *toda demanda es demanda de amor*.

Es lo que demanda el bebé a su madre con su llanto, lo que demanda la mirada suplicante del enamorado, es la demanda que todos, en nuestro desamparo más profundo, intentamos transmitir. Y es también la trampa que se oculta en el lenguaje. Porque el otro podrá dar lo que en apariencia le pedimos, un viaje, un hogar o un hijo, pero jamás podrá colmar el anhelo de completud que recorre nuestros deseos.

Así, el sujeto de la palabra ocupa el lugar del ser biológico, la necesidad da paso al deseo y de ese modo nos constituimos en seres condenados a vivir en falta y con un cierto grado de insatisfacción, porque todo no se puede.

Este es el primer duelo al que debemos enfrentarnos: somos seres incompletos que corren detrás de un objeto que, como dijimos, está perdido para siempre.